
CAPÍTULO 46. EVOLUCIÓN DE LOS MODOS DE LEGITIMACIÓN EMPLEADOS POR EL PCC EN PERSPECTIVA COMPARADA

Mario Esteban Rodríguez
Universidad Autónoma de Madrid

En numerosos trabajos sobre aspectos actuales del sistema político chino aparece, antes o después, alguna mención al nivel de legitimidad de las autoridades comunistas. Esto resulta particularmente frecuente en los estudios sobre cambio político en la República Popular China (RPC). Desafortunadamente, muchas de estas obras presentan inferencias erróneas o adolecen de escasa profundidad en su nivel de análisis. Estas deficiencias suelen ser fruto del desconocimiento de alguno o varios de estos tres factores: el marco teórico que encuadra el estudio de la legitimidad en los regímenes comunistas, el patrón típico en la sucesión de los modos de legitimación empleados por los regímenes comunistas y la evolución de los modos de legitimación empleados por el Partido Comunista Chino (PCC) a lo largo de su historia. Este artículo pretende contribuir a corregir estas carencias, presentado referentes para encuadrar los estudios sobre la legitimidad de las autoridades chinas actuales.

1. APROXIMACIÓN AL ESTUDIO DE LA LEGITIMIDAD

En todo sistema político el poder se ejerce fundamentalmente mediante cuatro modos: coerción, retribución, persuasión y legitimidad. En el primero de los casos el gobernado acata el mandato de sus gobernantes por temor a las represalias que podría sufrir en caso de adoptar una actitud disidente. En el segundo, lo hace impulsado por los beneficios materiales que le reporta el gobierno, aunque no comulgue con los principios del mismo⁹⁷². En el tercero, el sujeto acepta los requerimientos de sus líderes sólo tras haber sido convencido de que esto es lo más conveniente. Por el contrario, cuando las autoridades gozan de legitimidad entre sus gobernados éstos cumplen con sus exigencias porque consideran que los principios sobre los que se basan las mismas son válidos, sin necesidad de ser convencidos *ad hoc* de que estos son correctos (Beetham, 1991: 3; Rigby, 1980: 10; Weber, 1978: 263). Es decir, que la legitimidad es fundamentalmente un fenómeno subjetivo que se fundamenta

⁹⁷² La retribución puede distinguirse de la legitimidad eudemónica en que la segunda implica la aceptación de los principios empleados por los líderes para justificar su posición de privilegio. Siguiendo la definición de White (1986: 463) legitimidad eudemónica es aquella que fundamenta la autoridad de los líderes políticos en su capacidad para proveer de beneficios socioeconómicos a la población.

en un conjunto de creencias compartidas por los gobernantes y los gobernados que les hacen sentir moralmente obligados a obedecer a un determinado liderazgo político.

Además, debemos analizar la legitimidad interna o autolegitimidad, que hace referencia a la relación entre los principios que justifican el mantenimiento de un determinado régimen o la posición de poder de las autoridades y las creencias de las mismas (Barker, 2001). Un gran número de estudios sobre legitimidad sólo contempla la primera dimensión, dando por hecho que los líderes siempre creen en su derecho a gobernar, de ahí que sólo consideren relevante si los valores sobre los que se basa dicho derecho son morales y si son compartidos por los gobernados. No obstante, como han señalado numerosos estudios sobre el desmoronamiento masivo de regímenes comunistas entre finales de los ochenta y principios de los noventa, la pérdida de fe de los líderes comunistas en los valores sobre los que se asentaba su gobierno fue una de las razones fundamentales que llevó a la caída de estos regímenes (Di Palma, 1991; Holmes, 1993, 1997; Pakulski, 1993; Tismaneanu, 1992). Además, el carácter elitista de los regímenes leninistas hace que en los sistemas comunistas sea incluso más relevante analizar la autolegitimidad del régimen que su legitimidad externa o popular⁹⁷³.

2. LEGITIMIDAD EN LOS REGÍMENES COMUNISTAS

Tradicionalmente no se prestaba atención al estudio de la legitimidad en los regímenes comunistas ya fuese por motivos ideológicos o conceptuales. El intenso clima de competencia ideológica que presidió el periodo de la Guerra Fría hizo que muchos académicos occidentales rechazasen de raíz la posibilidad de que un régimen comunista pudiese ser legítimo. Desde una perspectiva opuesta, los propios teóricos marxistas también consideraban irrelevante el estudio de la legitimidad en los regímenes comunistas, pues les resultaba evidente que eran los únicos regímenes legítimos y creían que su éxito estaba asegurado por las leyes objetivas de la historia. Es más, al carecer los regímenes comunistas de legitimidad procedimental, basada en la forma en que se adquiere y gestiona el poder, quedaban fuera de la tipología clásica weberiana de los principios de legitimidad del sistema político⁹⁷⁴. Sin embargo, autores posteriores han mostrado cómo la legitimidad sustantiva, basada en la capacidad del régimen para defender un determinado conjunto de valores que

⁹⁷³ La legitimidad popular es un subtipo de legitimidad externa, que es conferida por el apoyo de la población a los valores que encarna el gobierno o el régimen. Otro subtipo de legitimidad externa es la legitimidad internacional.

⁹⁷⁴ Weber (1978: 215) identifica tres principios de legitimación: legal-racional, tradicional, y carismático.

sus elites consideran fundamentales, es aplicada de forma efectiva por diversos regímenes políticos, entre ellos los comunistas (Barker, 1990, 2001; Holmes, 1993, 1997; Rigby, 1980, 1982).

Siguiendo la senda iniciada a comienzos de los años 80 por autores como Thomas Rigby, Archie Brown o Frederick Teiwes, en este apartado no sólo se mantendrá que los regímenes comunistas pueden ser legítimos, sino que el estudio de su nivel de legitimidad resulta relevante para calibrar la eficiencia con la que los líderes comunistas pueden ejercer su mandato y la estabilidad del mismo. Para ello, analizaré el papel de la legitimidad en los regímenes comunistas, quién otorga legitimidad en este tipo de regímenes, cuándo podemos hablar de un régimen comunista legítimo y los principales problemas metodológicos que se plantean al analizar la legitimidad de las autoridades comunistas.

2.1. EL PAPEL DE LA LEGITIMIDAD EN LOS REGÍMENES COMUNISTAS

Cuanto más legítimo es un gobierno, mayor es la eficiencia con que ejerce su poder, al disminuir el coste de autoridad, recursos económicos, o tiempo, que debe gastar para poder hacer efectivo su mandato, pues emplea la coerción, la remuneración, y la persuasión en menor medida que cuando carece de autoridad (Blau, 1963: 306-307). De esta forma, la legitimidad de un régimen contribuye a su perpetuación en el poder.

Por ello, aunque no todos los gobiernos sean legítimos, todos pretenden serlo, al menos de cara a sí mismos (Barker, 2001: 14). Esto queda evidenciado por la gran cantidad de recursos movilizados por los gobernantes para activar distintas fuentes de legitimidad. Los sistemas comunistas no son ni mucho menos una excepción y han invertido numerosos medios para crear y mantener un nutrido cuerpo de burócratas ocupados en ensalzar las bondades del régimen comunista y de sus líderes ante el grueso de la población. Basta con mencionar aquí el mastodóntico aparato propagandístico que mantiene desde hace décadas el PCC. En el caso de que los sistemas comunistas pretendiesen perpetuarse mediante la mera represión, no podría explicarse el empeño de estos regímenes por ganar la adhesión de sus gobernados. En este sentido, hay que tener en cuenta que la ideología es incluso más necesaria en los sistemas comunistas que en las democracias liberales por diversas razones (Beetham, 1991: 185): (a) la borrosa delimitación de responsabilidades políticas, propia de estos sistemas, facilita la venalidad de la vida política, de ahí que un firme compromiso ideológico sea necesario para asegurar un mínimo de integridad entre los gobernantes; (b) ante la falta de elecciones, el adoctrinamiento ideológico se convierte en un recurso imprescindible para movilizar apoyo popular hacia el partido; (c) ante la carencia de incentivos y penalizaciones

materiales, como bonificaciones por alta productividad o el despido, la identificación de la población con los objetivos del Estado cobra un mayor protagonismo para promover la producción económica⁹⁷⁵.

2.2. ¿QUIÉN OTORGA LEGITIMIDAD EN LOS REGÍMENES COMUNISTAS?

Al examinar quién confiere legitimidad a un gobierno o régimen comunistas debemos distinguir, al menos, tres grupos sociales: líderes, burocracia y población. También puede hacerse alguna subdivisión dentro de la burocracia, distinguiendo entre el Ejército y el resto del funcionariado, y dentro de la población, diferenciando entre intelectuales y el resto. Mientras que en las democracias liberales la ciudadanía se erige como la principal fuente de autoridad política, en los sistemas leninistas esta deriva de los propios gobernantes y, en segunda instancia, de la burocracia, mientras que el grueso de la población tiene un papel secundario. Por ello, al analizar el nivel de autoridad de un determinado gobierno o régimen comunista y, especialmente, la relación entre su nivel de legitimidad y su estabilidad, la tendencia general ha sido centrarse en su nivel de autolegitimidad (Di Palma, 1991; Meyer, 1966; Rigby, 1982; Teiwes, 1984). Esta postura se fundamenta en el hecho de que el nivel de legitimidad popular de los regímenes autoritarios no aporta ninguna información sobre su estabilidad, debido a que en estos sistemas no se tolera la articulación de organizaciones independientes, que son las únicas vías por las que las actitudes de la población hacia sus líderes pueden materializarse en un desafío efectivo hacia los mismos (Przeworski, 1991: 28, 54). Desde esta perspectiva entenderemos que uno de los principales errores de gran parte de los estudios contemporáneos sobre legitimidad en la RPC sea su excesivo énfasis en el papel del grueso de la población, lo que, por ejemplo, lleva exagerar el potencial transformador de movimientos de descontento popular como el que se está produciendo en los últimos años en el campo chino.

Sin embargo, este énfasis en la autolegitimidad no hace ni mucho menos irrelevante el análisis de la legitimidad externa. Sólo así se evita reducir legitimidad a estabilidad; obviar el papel que puede ejercer la legitimidad popular sobre la autolegitimidad; u omitir el uso de la legitimación popular como arma arrojada en las luchas entre las elites políticas.

Para que un gobierno o régimen sea estable, no requiere contar necesariamente con un significativo nivel de legitimidad externa pero, como se

⁹⁷⁵ Aunque en un principio la aplicación de un régimen de terror puede reportar los mismos beneficios esta situación es insostenible a partir de un cierto umbral de coerción, particularmente en las sociedades avanzadas, debido a los contratiempos socioeconómicos que conlleva (Breslauer y Dallin, 1970: 104, 109).

analizará en el próximo epígrafe, para ser legítimo sí que debe contar con un mínimo de apoyo o, al menos, de consentimiento popular.

En segundo lugar, aunque la legitimidad externa no sea un requisito imprescindible para la estabilidad de los gobernantes en los sistemas comunistas, sí que contribuye a ella de diversas maneras. Primeramente, la falta de legitimidad popular de los líderes puede influir de manera objetiva y subjetiva en su grado de autolegitimidad. De manera objetiva porque cuanto menor es el nivel de legitimidad popular de los gobernantes, mayor es su necesidad de recurrir a la coerción, la remuneración, o la persuasión para asegurarse la obediencia de sus ciudadanos, lo que eleva en cualquier caso los costes del ejercicio del poder. Esto puede hacer dudar a los líderes de las bondades del régimen y explica por qué los regímenes comunistas han tendido a lo largo del tiempo a prestar una mayor atención a su nivel de legitimidad popular, normalmente apelando a la legitimidad eudemónica (Dallin y Breslauer, 1970; Di Palma, 1991; Holmes, 1993, 1997; White, 1986). De manera subjetiva porque la falta de legitimidad popular puede sembrar dudas entre las elites, lo que erosiona su autolegitimidad (Di Palma, 1991: 73). Por último, un escaso nivel de legitimidad internacional puede propiciar una intervención desde otros países para derrocar al régimen.

En tercer lugar, el papel de la opinión pública se acentúa cuando ésta se articula en torno a los *cleavages* que dividen a las elites. En este sentido, resulta especialmente ilustrativo el uso extensivo de los muestreos de opinión que han hecho desde mediados de los noventa las distintas facciones del Partido Comunista Chino para respaldar sus posturas, enfatizando el peligro que puede suponer para la estabilidad del sistema contradecir los deseos de las masas (Fewsmith y Rosen, 2001). Otro ejemplo claro, aunque de carácter puntual, del peso de la legitimidad popular sobre las opciones de poder de los líderes chinos en los últimos años fue la negativa influencia que jugó la nefasta imagen pública de Li Peng, tras la revuelta de Tiananmen, sobre sus posibilidades para ser elegido Secretario General del Partido Comunista Chino en junio de 1989 (Link y Nathan, 2001)⁹⁷⁶.

2.3. ¿CUÁNDO SON LEGÍTIMAS LAS AUTORIDADES COMUNISTAS?

Para Weber, un gobierno o régimen no necesita gozar del respaldo de la totalidad de la población para ser considerado legítimo. De hecho, si las elites gobernantes están convencidas de su derecho a gobernar y la mayoría de la población apoya o consiente con el régimen podemos decir que nos

⁹⁷⁶ La otra razón por la que Li Peng no fue elegido como secretario general del Partido Comunista Chino en 1989 fue las dudas que tenían parte de los líderes más veteranos sobre sus capacidades.

encontramos ante un orden legítimo (Weber, 1978: 16-17). No obstante, cuando la mayoría de la población confronta al régimen con un modelo político alternativo esto puede desencadenar una crisis de legitimidad, en función de la intensidad de la autolegitimidad, cuyo potencial desestabilizador variará en función de la capacidad de los gobernantes para controlar a las masas mediante remuneración o coerción. Por tanto, este enfoque sugiere que un sistema puede considerarse legítimo en tanto en cuanto aquellos que no aceptan su legitimidad sólo estén insatisfechos y no le desafíen planteando el cambio a un régimen alternativo (Heller, 1982: 45).

No obstante, considerar la articulación a gran escala de alternativas a un régimen autoritario como una muestra de su falta de legitimidad es tautológico, ya que la aparición de este fenómeno indica que el régimen ya ha colapsado (Przeworski, 1991: 28, 54). Por consiguiente, el aspecto relevante para saber si un régimen comunista es legítimo es la influencia que ejerce sobre quienes muestran su apoyo o indiferencia a los gobernantes el temor a sufrir represalias en caso de adoptar una actitud disidente. Es decir, sería deseable conocer si el apoyo o la indiferencia hacia el régimen son sinceros o fruto de la coerción manifiesta y encubierta que ejercen los regímenes autoritarios sobre su población, y de la certeza del gobernado de que es impotente para modificar el orden establecido (Holmes, 1993: 19-22)⁹⁷⁷. Sólo en el primer caso podríamos hablar de un sistema legítimo pues, en el segundo, la mayoría de la población respaldaría un cambio político y sólo el alto nivel de represión impuesto por el régimen le impide manifestarlo⁹⁷⁸. Esto queda ilustrado por la experiencia de

⁹⁷⁷ Desde la misma perspectiva, también sería deseable esclarecer si la identificación de las autoridades con el régimen tiene alguna base ideológica y afectiva o se fundamenta exclusivamente en ventajas materiales.

⁹⁷⁸ La legitimidad de las autoridades no es una cualidad estática, sino que su nivel puede ir variando a lo largo del tiempo. Por ejemplo, el nivel de legitimidad popular de los gobernantes puede modificarse por la aproximación o el alejamiento entre sus valores y los de los gobernados. Cuando existen discrepancias entre ambos las elites en el poder cuentan con dos alternativas. La primera consiste en acomodar los valores políticos oficiales, aquellos que fomenta constantemente el régimen a través de los medios de comunicación, el sistema educativo, y otros medios de socialización, a los valores dominantes, es decir, aquellos que están más difundidos dentro de una sociedad gracias a la labor de otras elites. La segunda es propiciar la imposición de los valores de la cultura política oficial dentro de la dominante (Brown y Gray, 1980: 6-7). La evidencia empírica acumulada sobre los sistemas comunistas parece indicar que los gobernantes se decantan por la primera opción cuando su nivel de confianza en el régimen es bajo, mientras que suelen decantarse por la segunda opción cuando es alto. Como expone Johnson (1972), el PCC ha seguido esta misma pauta. En sus primeros años en el poder, cuando su posición era particularmente débil y aún no había consolidado su control sobre la administración del estado, adoptó los valores de la revolución nacional, a modo de programa de mínimos. No obstante, cuando el éxito de las políticas implantadas por el partido durante sus primeros años en el poder hicieron que ganase autoridad, se decantó por intentar imponer su ideología y proyecto revolucionario sobre la sociedad entre mediados de los cincuenta y los setenta. Por el contrario, los fracasos que fue acumulando el partido durante estos años hicieron

Europa del Este, donde la renuncia de Gorbachev a la doctrina Brezhnev fue el detonante de la crisis que acabó con la caída de los regímenes comunistas de estos países, a pesar de que, como se evidenció en las elecciones de 1990, los grupos sociales que desafiaron el orden comunista tenían una visión bastante difusa de un orden social alternativo.

2.4. PROBLEMAS METODOLÓGICOS

Para saber si un régimen es legítimo tenemos que conocer las motivaciones que llevan a la población a obedecerlo. Por desgracia, la de por sí complicada tarea de analizar las motivaciones que están detrás de los actos de un sujeto, en este caso, de su apoyo o indiferencia a un determinado régimen político, se complica aún más en el caso de China al estar estudiando un sistema post-totalitario. Este tipo de régimen no sólo ejerce un alto nivel de represión sobre la oposición política, sino que cuenta con una población que en su proceso de socialización ha aprendido a temer la capacidad represora del Estado, lo que les lleva a aplicar un alto nivel de autocensura en su comportamiento político. A pesar de ello, se pueden analizar cinco indicadores orientativos del nivel de autolegitimidad y de legitimidad popular del que gozaba el régimen del PCC. El primero, serían los discursos de las elites en el poder publicados en la prensa china y las filtraciones de sus reuniones y actividades, generalmente en los medios de comunicación hongkoneses o a investigadores extranjeros. Estas fuentes, ya sean oficiales o privadas, nos permiten conocer las actitudes de las elites del partido en un determinado momento, lo que incluye su visión de los valores sobre los que se asienta la legitimidad del régimen. En este sentido, resulta particularmente revelador analizar los comunicados oficiales emitidos durante los congresos generales del partido. Otro indicio del nivel de autolegitimidad es el nivel de cohesión que muestran las elites del régimen ante una posible amenaza a su posición de privilegio. Tras el cisma abierto durante la revuelta de Tiananmen, éstas se han mantenido unidas en la represión de los diversos movimientos separatistas existentes en las provincias de Tíbet y Xinjiang, de instituciones pro-democráticas, como el Partido de la Democracia de China o el movimiento pro-democrático de Hong Kong, y de organizaciones religiosas como el Falun Gong. En tercer lugar, el manejo de datos de encuesta, la realización de entrevistas, a individuos que están tanto dentro como fuera de la nomenclatura no sólo puede darnos una idea aproximada del nivel de autolegitimidad y de legitimidad de las autoridades chinas, sino que arroja luz sobre qué temas son

que tras la Revolución Cultural dejase de contar con el suficiente capital de autoridad como para seguir intentando imponer valores sobre la sociedad y recuperase un programa similar al de sus primeros años en el gobierno.

más positivos y cuáles más negativos para el incremento de dichos niveles. En cuarto lugar y sólo en relación con la legitimidad externa de éstas instituciones, se puede proceder al análisis de discurso de los programas de los movimientos opositores al orden político vigente, de las protestas ciudadanas y de cualquier tipo de manifestación política en canales menos controlados por el gobierno, como Internet o el llamado “segundo canal” de publicaciones. Por último, la comparación del nivel de activismo político entre las minorías étnicas que consideran ilegítimos los límites territoriales de China y aquellos que cuestionan la legitimidad del mandato del PCC, nos muestra un nivel de apoyo al *statu quo* comparativamente mayor entre la población *han* que entre minorías como los tibetanos o los uigures, quienes, a pesar de sufrir un mayor nivel de represión, se movilizan con mayor intensidad y frecuencia.

A pesar de ello, al carecer de datos completamente fiables para medir cuantitativamente y con precisión la legitimidad en los sistemas comunistas, también debemos identificar de manera deductiva los diferentes grados que puede adoptar la misma, para luego precisar el máximo posible, mediante los indicadores que acabo de mencionar en el párrafo anterior, la intensidad de la legitimidad de la que goza un gobierno o régimen comunista en un determinado momento (Holmes, 1993: 37-38):

- a) Alta. Cuando los líderes creen en lo que están haciendo y en su derecho a gobernar. La burocracia es leal a los líderes y la mayoría de la población apoya al gobierno/régimen.
- b) Media. Los líderes creen en lo que están haciendo y en su derecho a gobernar. La burocracia es generalmente leal a los líderes y la mayoría de la población acepta al gobierno/régimen.
- c) Baja. Los líderes creen en líneas generales en lo que están haciendo y en su derecho a gobernar. La burocracia tiene una posición ambigua, pero sin llegar a amenazar abiertamente la posición de los líderes. La población acepta al gobierno/régimen fundamentalmente por el alto de grado de coerción, ya sea abierta o encubierta, doméstica o externa, que impera en el sistema.
- d) Muy baja o nula. Los líderes pierden fe en sus acciones y en su derecho a gobernar. La burocracia y las masas no consideran aceptable al régimen/gobierno, pudiendo llegar a movilizarse para provocar un cambio del mismo.

La reducción en el nivel de autolegitimidad o de legitimación externa puede cristalizar en una crisis de legitimidad. Se han identificado cuatro formas de crisis de legitimidad: dos de intensidad menor, una moderada y una mayor (Holmes, 1997: 52-54). Cuando los líderes pierden la confianza en la efectividad de los principios de legitimidad en los que se basa su mandato se produce una crisis menor de legitimidad, generalmente superada mediante el cambio del modo o modos fundamentales de legitimación del régimen. Un ejemplo de este

tipo de crisis fue la sufrida por el Partido Comunista Chino tras la Revolución Cultural (1966-1976), que incluso fue recogida en documentos oficiales como el comunicado del Tercer Pleno del Undécimo Comité Central del PCC⁹⁷⁹. Otra posible crisis menor de legitimidad viene motivada por un cambio anómalo de gobierno, propiciada por la pérdida de fe de los líderes en su propia capacidad para mantenerse al frente del sistema político, y que se zanja con su sustitución por otras elites políticas que mantienen los principios fundamentales del régimen existente. Una crisis moderada de legitimidad se manifiesta cuando las elites políticas son conscientes del fracaso de sus intentos por legitimarse ante el grueso de la población hasta el punto de que su posición e incluso la del régimen se ve amenazada, pero aún mantienen la capacidad y la suficiente confianza en los principios del régimen como para mantenerlo a costa de incrementar notablemente el nivel de coerción. El último ejemplo de crisis de legitimidad moderada en China fue la revuelta de Tiananmen, como evidencian las propias transcripciones de las reuniones mantenidas por la cúpula del partido durante la primavera de 1989 (Link y Nathan, 2001). Finalmente, una crisis de legitimidad mayor aparece cuando se produce un colapso general de la autolegitimidad entre los líderes del régimen. En este caso, tanto el gobierno como cualquier alternativa al mismo dentro del régimen, deja de tener confianza en los principios de legitimación del sistema y en su capacidad para adoptar principios alternativos y, por tanto, no están dispuestos a recurrir a altas dosis de represión para mantenerlo. Este tipo de crisis suele acabar con el fin del régimen, especialmente si la burocracia o las masas tienen una visión de un orden alternativo y de cómo alcanzarlo. Esta crisis de legitimidad fue la que sacudió a la mayoría de los países comunistas entre finales de los ochenta y principios de los noventa y aún no se ha dado en la RPC. Comparar la evolución de los modos de legitimidad empleados por el PCC con los utilizados por el grueso de los regímenes comunistas que sucumbieron hace poco más de una década, ayuda a explicar la pervivencia de la RPC.

3. SUCESIÓN DE LOS MODOS DE LEGITIMACIÓN SEGUIDOS POR EL PCC EN PERSPECTIVA COMPARADA

Los principios empleados por los líderes comunistas para afianzar su poder han variado a lo largo de los años, pudiéndose identificar una tendencia general en la mayoría de ellos que les lleva de una fase revolucionaria, en la que

⁹⁷⁹ Comité Central del Partido Comunista Chino (1978): “Communiqué of the Third Plenary Session of the Eleventh Central Committee of the Communist Party of China”, *Beijing Review*, 21 (52), 6-16.

priman las formas coercitivas de poder y la principal fuente de legitimación es la teleológica⁹⁸⁰, al uso de la legitimación eudemónica para incrementar su legitimidad externa y, finalmente, al colapso de la misma y al fracaso de cualquier intento de consolidar alguna base de legitimación alternativa. Por consiguiente, tras sortear diversas crisis de legitimidad menores, producidas por el cambio del modo o modos fundamentales de legitimación del gobierno o régimen, las propias elites del partido acaban perdiendo la confianza en el sistema y en su propia capacidad como gobernantes, debido a su incapacidad para garantizar un alto nivel de satisfacción socioeconómica a su población y para asentar cualquier base de legitimación alternativa. Esto desemboca en una crisis de legitimación mayor y, normalmente, en la consiguiente caída del régimen comunista. A pesar de lo sostenido por numerosos estudios tras la revuelta de Tiananmen en 1989 (Domes y Näth, 2000: 215), China no ha seguido este patrón, ni ha compartido el destino de la URSS o Yugoslavia, como evidencia la estabilidad de la que goza el régimen del PCC 17 años después. Para apreciar con mayor claridad las diferencias entre la evolución de los modos de legitimación empleados por la Unión Soviética y los países de Europa del Este y la experimentada por China, vamos a hacer un análisis diacrónico y comparado de ambas situaciones.

3.1. USO DEL TERROR EN LOS REGÍMENES COMUNISTAS

Al llegar al poder, la mayoría de los gobiernos comunistas no están particularmente preocupados por reclamar su legitimidad externa debido a que, desde una perspectiva marxista, el partido se ve a sí mismo como el ejecutor de una ley histórica, al implementar la alternativa natural al decadente sistema capitalista (Heller, 1982: 47-49). Al igual que otros gobiernos revolucionarios, los líderes comunistas consideran que su ideario político ostenta el monopolio de la verdad, de ahí que se afanen en imponerlo como una especie de religión secular sobre el pueblo, cuyas actitudes políticas se consideran menos evolucionadas, mediante un proceso de “revolución desde arriba”. Las profundas transformaciones socioeconómicas y políticas que pretenden impulsar las autoridades comunistas conllevan una intensa agitación social. En este contexto convulso, los regimenes comunistas son propensos a lanzar una campaña de terror político con vistas a consolidarse en el poder (Breslauer y Tallin, 1970: 5).

⁹⁸⁰ El concepto de legitimidad teleológica es característico de los sistemas comunistas y fue acuñado por T.H. Rigby a partir de la noción weberiana de racionalidad substantiva. Puede hablarse de racionalidad substantiva cuando “las proclamaciones de legitimidad del sistema político, de aquellos que ostentan cargos dentro de él, y de las órdenes de éstos últimos se validan en términos de un objetivo final (el comunismo)” (Rigby, 1982: 12).

Entre los efectos funcionales del terror para la estabilidad del régimen hay que destacar que aumenta notablemente los costes de movilización social contra el mismo y suministra a la población un poderoso incentivo negativo para adoptar sus valores o, al menos, comportarse de acuerdo con las directrices de éste. Es más, esto puede desembocar en una situación de disonancia cognitiva, producida por el conflicto entre la conducta pública del sujeto y sus creencias. En este caso, el sujeto tiende a ajustar su pensamiento a su acción, es decir, a adoptar los principios del régimen, particularmente en contextos como éste donde los incentivos están tan marcados en esta dirección. Además, el incremento de la ansiedad que conlleva la campaña de terror produce, hasta un determinado umbral, el ascenso de la productividad del sujeto por lo que, en determinadas dosis, resulta beneficioso para el rendimiento de la economía, especialmente en aquellos sistemas que rechazan el uso de incentivos materiales⁹⁸¹.

Sin embargo, el uso prolongado e intensivo del terror político genera unos efectos negativos que lo hacen insostenible. Entre ellos destaca el brusco descenso de la productividad del sujeto, producido por el incremento de su ansiedad por encima de un determinado umbral. Este fenómeno se produce de manera especialmente acusada entre los trabajadores más cualificados, cuyos puestos requieren un mayor nivel de reflexión y concentración y limita notablemente la capacidad de innovación de la economía (Breslauer y Dallin, 1970: 108-109). Asimismo, estos efectos socioeconómicos negativos van fermentando un enfrentamiento cada vez más enconado entre los líderes políticos, concentrados en mantener el proceso revolucionario, y la burocracia, crecientemente preocupada por tareas administrativas y que, por tanto, aboga por poner fin a la política de terror que hace imprevisible el comportamiento del régimen. De ahí que, tras consolidarse en el poder, este tipo de regímenes haya tendido a cerrar su etapa revolucionaria con vistas a mantener la cohesión entre los líderes comunistas y su burocracia (Di Palma, 1991: 59-60)⁹⁸².

En claro contraste con la generalidad de los movimientos comunistas que habían alcanzado el poder antes de 1949, el PCC gozaba de un alto nivel de apoyo popular al llegar al poder. Prueba de ello es que, a pesar de contar con sólo unas docenas de miembros en sus orígenes, pudo derrocar militarmente y sin apenas ayuda externa a un régimen que contaba con uno de los ejércitos más numerosos del mundo. Esto permitió a los comunistas chinos consolidar

⁹⁸¹ Puede encontrarse un análisis más detallado sobre el terror político en Linz (1975: 217-228).

⁹⁸² Este abandono de la campaña de terror es un síntoma de que el régimen ha alcanzado un cierto nivel de legitimidad, de ahí que los regímenes comunistas que, como la República Democrática Alemana, gozaron de un nivel de legitimación más bajo se caracterizaran también por una utilización más duradera e intensa de este recurso.

el nuevo régimen (1949-55) sin necesidad de acudir a una política de terror tan intensa como la empleada, por ejemplo, por su vecino soviético⁹⁸³.

Los factores que explican este fenómeno son el amplio margen temporal que los más de veinte años de guerra civil empleados por el partido para llegar al poder les proveyeron a los comunistas chinos para difundir su programa entre parte de la población, especialmente la rural, antes de controlar el gobierno (Breslauer y Dallin, 1970: 31-32)⁹⁸⁴; los esfuerzos realizados por el partido para identificar su propio discurso con la ideología de la revolución nacional china, extraordinariamente popular entre la población, suavizando la dimensión comunista de su doctrina para presentarse de manera más eficaz como el campeón del nacionalismo chino⁹⁸⁵; los éxitos cosechados por el partido tanto en el ámbito económico, por ejemplo el control de la hiperinflación, como, fundamentalmente, en el militar, derrotando la invasión japonesa, reunificando China, y recuperando del orgullo nacional chino (Teiwes, 1997: 85-86); y la cultura política china que consideraba que sólo las rebeliones legítimas llegaban a triunfar (Zhong Yang, 1996: 206-207). Una vez consolidado en el poder, el PCC comenzó a intentar implantar su programa socioeconómico siguiendo el modelo soviético.

3.2. APELACIÓN A LA LEGITIMIDAD TELEOLÓGICA

Tras superar la etapa revolucionaria, no sólo se reduce el nivel de coerción del régimen, que empieza a percibir como disfuncional el mantenimiento de altas cotas de represión, sino que, además, el nuevo gobierno comienza a explotar con mayor eficacia la retribución y la legitimidad como medio para ganar la obediencia de sus ciudadanos. Por un lado, al familiarizarse

⁹⁸³ Esto no quita para que el propio Mao admitiera en 1967 que durante los cinco primeros años de gobierno comunista se exterminó a 800.000 “enemigos del pueblo” (Linz, 1975: 219).

⁹⁸⁴ En este sentido destaca el papel de los agentes comunistas creando nuevos órganos de gobierno en multitud de aldeas, cooperativas y otros tipos de asociaciones que movilizaban a la población. Además, el PCC comenzó una intensa campaña de alfabetización que contenía grandes dosis de propaganda desde las primeras lecciones.

⁹⁸⁵ De hecho, fueron los valores de la revolución nacional china los que marcaron el programa político que siguió el PCC durante sus primeros años de gobierno y que Mao bautizó como la Nueva Democracia (Mao, 1967: 339-384). Dichos principios gozaban de un amplio respaldo popular, abogando por el incremento del nivel de vida de la población a través de la modernización de la economía y por la consolidación de la independencia de China de cualquier influencia imperialista, planteándose como objetivo a más largo plazo su transformación en una gran potencia internacional. La “nueva China” establecida por el PCC tenía en un primer momento escasos rasgos distintivamente socialistas o comunistas, como muestra su escaso énfasis en la lucha de clases o su permisividad hacia la propiedad privada.

en el control de la maquinaria del Estado, el movimiento revolucionario comenzará a tener más recursos a su alcance, que empleará en algunos casos para ganarse el apoyo de determinados grupos. Por otro, el gobierno comunista incrementa su legitimidad popular gracias al uso que hace del aparato burocrático administrativo. Destacando aquí la labor del sistema educativo y de los medios de comunicación para propagar su ideología entre la población⁹⁸⁶.

Dentro de las distintas estrategias de legitimación que emplean los regímenes comunistas en esta fase hay que destacar su énfasis en la legitimidad teleológica⁹⁸⁷. Este es un tipo de legitimidad sustantiva basada en la presentación del régimen como la mejor manera de alcanzar un determinado objetivo, en este caso, la implementación de una sociedad comunista. Este objetivo es lo suficientemente vago como para que sucesivos gobiernos le den distintos contenidos dentro del mismo régimen y es “absolutizado”, de manera que los demás valores se subordinan a él y es constantemente repetido en los medios de comunicación, las instituciones educativas, las ceremonias públicas y en todo tipo de carteles y pancartas ubicadas en los centros de trabajo y en toda clase de lugares públicos (Rigby, 1980: 20-21). Esto lleva a un sistema donde el Estado no sólo marca los objetivos y tareas que deben alcanzar las distintas unidades sociales sino que, además, gestiona directamente su implementación a través de canales burocráticos (Rigby, 1982: 11)⁹⁸⁸.

En China, la legitimidad teleológica tuvo un papel central desde el lanzamiento de la campaña del Punto Álgido del Socialismo en octubre de 1955 hasta la celebración del Tercer Pleno del Décimo Primer Comité Central del PCC en diciembre de 1978. No obstante, quedó en entredicho tras el Gran Salto Adelante y perdió el papel protagonista frente a la legitimidad carismática entre el inicio de la Revolución Cultural y la muerte de Mao Zedong (Teiwes,

⁹⁸⁶ En el caso chino, se evidencia cambio significativo en la relación entre nacionalismo y comunismo dentro del discurso ideológico del PCC. Un vez que los comunistas chinos cuentan con el capital simbólico y los recursos institucionales suficientes, comenzaron a apartarse del discurso nacionalista de la Revolución Nacional para emplear un discurso que identificaba nacionalismo con socialismo, campesinado con proletariado y antiimperialismo con anticapitalismo. Todo ello con la intención de modificar las actitudes políticas de la población para hacerla más receptiva al programa político comunista (Gao 2001; Li, 1994: 100; Lichtheim, 1971: 147).

⁹⁸⁷ Al igual que en la mayoría de las sociedades complejas, se emplean modos de legitimación complementarios, junto a la legitimidad teleológica, que hace las veces de modo de legitimación central. Por ejemplo, varios capítulos de Fehér y Rigby (1982) y Rigby (1980) estudian el importante papel complementario de la legitimidad legal-racional, tradicional y carismática dentro de los sistemas comunistas. Asimismo, Fehér (1982) profundiza en el papel del “paternalismo”, caracterizado por la concesión popular de obediencia al régimen, con la consiguiente renuncia a importantes derechos civiles y políticos, a cambio de un incremento en su seguridad, materializado en una reducción del nivel de coerción estatal.

⁹⁸⁸ Por el contrario, en las sociedades democráticas el Estado se limita a regular el marco jurídico dentro del que las distintas unidades sociales persiguen sus propios objetivos.

1984)⁹⁸⁹. Un buen indicador de estos cambios era la composición oficial de la nación china, dada la fusión que establecía el PCC entre nacionalismo y socialismo. En un primer momento y siguiendo las mismas ideas que durante la Revolución Nacionalista, Mao incluyó a todos los grupos sociales, excepto a los terratenientes y a la burguesía vinculada con el comercio exterior, dentro de la nación de la RPC⁹⁹⁰. Pero en función de un contexto político cambiante, Mao redefinió varias veces el contenido de la nación con vistas a asegurar su posición de privilegio dentro del partido y la aplicación de su programa político. Esto se materializó primero en una discriminación del sujeto en función de su clase social, a medida que el partido intentaba incrementar el papel de la legitimación teleológica y, mas tarde, a medida que Mao acentuaba el culto a su personalidad, en la identificación de la “actitud de clase”, equivalente a la idolatría a Mao Zedong, como el único criterio fiable para ser incluido dentro de la nación (Fitzgerald, 1999: 120-121, 131).

La legitimidad teleológica fue ganando en importancia a medida que se sucedían diversas campañas políticas de masas en la década de los cincuenta, como la Campaña de los Tres-antis, la Campaña de los Cinco-antis, y la Campaña Antiderechista. Estos movimientos iban desplazando la línea política inclusiva de la Nueva Democracia a favor de una relación simbiótica entre política y economía, la lucha de clases, y la necesidad de desarrollar una “revolución permanente”. El punto álgido de este movimiento fue el lanzamiento del Gran Salto Adelante, en el que Mao pretendía materializar un modelo de desarrollo socioeconómico alternativo a la economía de mercado y a la economía planificada. Esta campaña terminó en catástrofe, provocando entre 20 y 30 millones de muertes, en su mayoría achacables a las perturbaciones económicas producidas por esta campaña (Lardy, 1987). Esto desembocó en una pérdida de fe en el modelo de desarrollo maoísta por gran parte de la población y de las elites del partido.

De la misma manera, a medida que pasaba el tiempo y no se iban alcanzando los niveles de desarrollo socioeconómico esperados, se evidencia un

⁹⁸⁹ Además, la legitimidad nacionalista mantendrá cierta relevancia durante todo este periodo. Valga de ejemplo la justificación ofrecida a la introducción de los planes quinquenales y del Gran Salto Adelante, apelando no sólo al ideario comunista, sino también a actitudes nacionalistas como la necesidad de “superar a los países avanzados” y restablecer el prestigio internacional de China (Spence, 1999: 583); o cómo las virtudes excepcionales que se atribuían a algunos líderes comunistas, fundamentalmente a Mao, venían conferidas por su experiencia exitosa contra el imperialismo, que mostraba su habilidad no sólo para solventar crisis revolucionarias, sino también nacionales (Teiwes, 1984: 54). A esto hay que añadir una guerra fronteriza contra la India, la ruptura de relaciones con la Unión Soviética, y el marcado carácter antiimperialista del discurso internacional del gobierno chino (Van Ness, 1993).

⁹⁹⁰ Mao (1967: 195-212), este informe fue presentado por Mao durante el Sexto Pleno del Sexto Comité Central del Partido Comunista Chino en octubre de 1938.

descenso generalizado en la eficacia del modo de legitimación teleológica en otros regímenes comunistas. Esto se traduce en una tendencia común a ir substituyendo la legitimidad teleológica por la eudemónica como principal fundamento de su autoridad (Holmes, 1993; White, 1986). Dos indicios que señalan el abandono de legitimidad teleológica como principal fuente de legitimidad de los regímenes comunistas son, por un lado, la recuperación en los años setenta en varios países de Europa del Este y en la Unión Soviética del concepto acuñado por Engels de “socialismo realista”, que enfatizaba la necesidad de presentar de manera mesurada los éxitos alcanzados y alcanzables a corto y medio plazo por los sistemas comunistas. Por otro, diversos sistemas comunistas comienzan a retrasar de manera sistemática la fecha estimada para alcanzar una sociedad comunista. Por ejemplo, mientras que en 1961 el programa del Partido Comunista de la Unión Soviética señalaba 1980 como la fecha tope para alcanzar una sociedad comunista básica, el programa que adoptó en su vigésimo séptimo congreso nacional (1986) amplió el plazo hasta el año 2000 (Gill, 1987: 40-55). Asimismo, el Partido Comunista Chino anunció en su décimo tercer congreso (1987), que la primera etapa del socialismo se prolongará hasta el 2050, de manera que este objetivo es tan distante que no puede motivar de forma realista a la población.

En el caso de China, el desastre del Gran Salto Adelante sumió al país en una doble crisis de legitimidad menor. Por un lado había que buscar nuevos principios para legitimar el régimen y, por otro, Mao perdió el control de la política económica. En este contexto, la facción burocrática del partido, encabezada por Liu Shaoqi y Deng Xiaoping, optó por apelar a la legitimidad eudemónica. Frente a ellos Mao y diversos grupos de oportunistas, encabezados por Lin Biao y Jiang Qing, impulsaron el culto a la personalidad del Gran Timonel para desbanicar a los burócratas y recuperar la iniciativa política.

Será a partir del lanzamiento de la Revolución Cultural, cuando el culto a la personalidad de Mao comenzará a basarse más en su persona propiamente dicha, no sólo en su pensamiento o en su acción política, con la intención de convertir a Mao en la única fuente de autoridad del régimen, por encima incluso del partido (Schram, 1967: 386)⁹⁹¹. Desde entonces hasta su muerte,

⁹⁹¹ Los primeros indicios del culto a Mao Zedong aparecen en 1942, durante la Campaña de Rectificación, donde se subrayó la gran capacidad de Mao para tomar las riendas del partido y liderarlo exitosamente. Tras la fundación de la RPC su estatura política creció aún más. De hecho, el PCC enfatizó de manera consciente la importancia de Mao en la consecución de una “Nueva China” porque, dada la cultura política de las masas chinas, consideraban que les sería más sencillo consolidar su poder presentándose como los nuevos todopoderosos líderes nacionales que como los representantes de una ideología extranjera, el marxismo-leninismo (Teiwes, 1984: 54).

Mao sería presentado como una divinidad infalible, una especie de semidiós al que solían referirse como “Sol Rojo” y como el “Salvador de China”⁹⁹².

Siendo el culto a la personalidad de Mao la principal fuente de legitimidad del régimen a su muerte, el partido no sólo necesitaba encontrar nuevas vías para incrementar su nivel de autoridad, sino que, simultáneamente tenía que resolver el problema de la sucesión del gran líder. De ahí que ambos temas se entrelazasen en un contexto sumamente delicado para el PCC, dado el profundo malestar existente hacia el status quo y la falta de credibilidad del partido, incluso entre sus propios miembros⁹⁹³.

Los dos principales aspirantes al poder eran Hua Guofeng, el sucesor nombrado por Mao, y Deng Xiaoping, el miembro más respetado de la facción burócrata. Al carecer Hua de una amplia base de poder propia, su principal baza para respaldar su autoridad era haber sido elegido directamente por el propio Mao. Esto le obligó a mantener el culto póstumo al gran líder, con el consiguiente énfasis en la legitimidad carismática y la teleológica, con vistas a consolidarse en el poder⁹⁹⁴. En este sentido, destaca la proclamación de la teoría de “los dos cualquiera”⁹⁹⁵ y la creación de un nuevo himno nacional que enfatizaba estos aspectos:

¡Adelante! Heroico pueblo de cada etnia, el grandioso Partido Comunista va a dirigirnos a continuar la Larga Marcha. Todas las masas se encaminan con la misma voluntad hacia un futuro comunista, lucharemos valientemente para construir y defender nuestra patria. ¡Adelante! ¡Adelante! ¡Adelante! Levantemos por toda la eternidad la bandera del pensamiento maoísta. ¡Adelante! Levantemos por toda la eternidad la bandera del pensamiento maoísta. ¡Adelante! ¡Adelante! ¡Adelante! ¡Adelante!⁹⁹⁶

⁹⁹² Numerosos ejemplos de este culto a la personalidad pueden encontrarse en la página web: <http://www.morningsun.org/>.

⁹⁹³ Este descontento popular cristalizó en diversos desafíos públicos al régimen, como las actividades populares celebradas en abril de 1976 en Tiananmen para conmemorar la muerte de Zhou Enlai y, sobre todo, la creación del Muro de la Democracia en el centro de Pekín, donde se reclamaba la democratización de China (Brodsgaard, 1981). Incluso los cuadros del partido habían perdido gran parte de su fe en el sistema, debido a la persecución que sufrieron durante la Revolución Cultural y las maquiavélicas luchas de poder que se sucedieron en el seno del partido durante estos años, desenmascaradas por acontecimientos como la caída de Lin Biao (Rigby, 1980: 15). Prueba de este bajo nivel de autolegitimidad es que el propio Diario del Pueblo recogiese en diversas ocasiones el popular eslogan de la “crisis de las tres creencias”, que hacía referencia al marxismo, al socialismo y al PCC (Teiwes, 1984: 76).

⁹⁹⁴ Robinson (1988) presenta un completo análisis sobre como las distintas facciones del Partido Comunista Chino interpretan el legado de Mao con vistas a reclamar su derecho a gobernar.

⁹⁹⁵ Este principio sostenía que había que seguir todas las instrucciones marcadas por Mao.

⁹⁹⁶ La vida de este himno, al igual que la de sus valedores en el poder, fue bastante efímera y fue substituido el 4 de diciembre de 1982 por el himno anterior.

No obstante, el descontento generalizado con la situación anterior, impidió que esta fórmula continuista calara en la mayoría de la cúpula del PCC y del EPL y entre la población. Esto permitió a Deng Xiaoping convertirse en el nuevo líder principal de China, defendiendo un nuevo giro en las bases de legitimidad del régimen.

3.3. PREDOMINIO DE LA LEGITIMIDAD EUDEMÓNICA

En última instancia, la reducción de la apelación a la legitimidad teleológica fue fruto del reconocimiento de los propios gobiernos comunistas de la ineficacia de su sistema económico (Beetham, 1991: 184), especialmente evidente al compararlo con el rendimientos de los sistemas capitalistas a los que pretendían imponerse. Esto provocó un descenso generalizado de la legitimidad de estos regímenes, particularmente en Europa del Este, que se intentó corregir desde mediados de los años sesenta mediante el desarrollo de un pacto social implícito en el que las elites comunistas ofrecieron un incremento en el nivel de vida de la población (creando una tupida red de bienestar social, manteniendo un sistema de pleno empleo y de precios estables, garantizando una disciplina laboral laxa) a cambio de su consentimiento al régimen (White, 1986: 468)⁹⁹⁷.

La RPC se sumó a esta tendencia a finales de los años 70, cuando los burócratas, con Deng a la cabeza, fueron capaces de implementar el modelo desarrollista que ya esbozaran a inicios de los años sesenta. Su programa favorecía la dimensión eudemónica sobre la teleológica y su inherente carga ideológica, de manera que aceptaba una serie de leyes económicas objetivas que rompían con la ortodoxia marxista. Así, desde finales de 1978 comenzó a aplicarse un programa de liberalización y apertura económica, que impulsaba la descentralización de la gestión económica, la introducción del mercado, de

⁹⁹⁷ Puede hablarse de legitimidad económica más allá de la mera remuneración. Aunque tradicionalmente se restringía la idea de legitimidad al ámbito de las ideas, distinguiéndose entre “legitimidad” y “efectividad”, sobre la base de que la legitimidad era de carácter normativo (Lipset, 1963: 77-83), teóricos más recientes han respaldado de manera convincente que la política económica y social de un determinado régimen pueden ser en sí mismas un medio eficaz de legitimación (White, 1986). La política económica de un gobierno puede hacer que los gobernados cambien su imagen del mismo e incrementar su apoyo. Esto se aclara al tener en cuenta que el proceso de socialización es el primer lugar donde adquirimos el conjunto de valores que nos llevan a identificar a un determinado régimen como legítimo. De igual manera que nuestros ancestros eran socializados para respetar el derecho divino de los monarcas, en la actualidad somos socializados para evaluar un orden político, al menos parcialmente, en función de sus políticas económicas y sociales, de manera que su actuación en estos ámbitos se convierte en parte de su proceso de legitimación y puede reforzar su autoridad.

incentivos materiales, de cierto grado de privatización y de inversiones extranjeras⁹⁹⁸. Todo ello orientado a mejorar las condiciones de vida de la población, pues este se veía como el medio más eficaz de reforzar la autoridad del régimen, y criticando, por tanto, la política económica anterior que priorizaba el crecimiento de los medios de producción mediante una alta tasa de acumulación y era de carácter cuasi-autárquico (Baum, 1994: 96). De forma paralela, se comenzó a crear el marco jurídico imprescindible para regular el nuevo contexto económico e incrementar el nivel de seguridad de la población. Además, el nuevo gobierno intentó recuperar la confianza de los cuadros del partido en el régimen, rehabilitando y honrando a más de un millón de personas que fueron acusadas y purgadas arbitrariamente durante la Revolución Cultural. Asimismo, no sólo reimplantó la estructura burocrática anterior a la Revolución Cultural, mucho más tupida que la dejada por Mao, sino que la ampliaron creando nuevos ministerios y comisiones.

A pesar de los éxitos propiciados por este énfasis en la legitimidad eudemónica, debe subrayarse que resulta inherentemente inestable pues ningún gobierno puede controlar por completo la evolución de la economía (Przeworski, 1991: 59). Por consiguiente, las autoridades son incapaces de satisfacer siempre las expectativas de la población en estos ámbitos y, por tanto, es necesario complementar este modo de legitimación. Esto fue confirmado por la crisis económica generalizada padecida por las economías comunistas en los años setenta y ochenta (White, 1986: 465-469). Es más, la escasez de productos de primera necesidad se convirtió en rutina así como los programas de racionamiento, lo que hizo todavía más evidente el fracaso del comunismo como alternativa a la democracia liberal⁹⁹⁹.

El fiasco de estos programas económicos no hizo más que ahondar en el deterioro de la legitimidad externa e interna de los sistemas comunistas. Esto queda constatado en primer lugar por la consolidación en aquel momento de formas de resistencia política, más o menos públicas, en algunos de estos países (Solidaridad en Polonia, Carta 77 en Checoslovaquia, o el movimiento pacifista en la República Democrática Alemana) a pesar de que estos gobiernos

⁹⁹⁸ Las principales líneas de este programa aparecen esbozadas en Comité Central del Partido Comunista Chino (1978).

⁹⁹⁹ El uso de la legitimación eudemónica no sólo se muestra ineficiente en los regímenes comunistas por los deficientes niveles de bienestar económico que logran alcanzar en términos absolutos, sino también por su incapacidad para competir con las democracias occidentales en este ámbito. Por ello, cuando un régimen comunista se ve incapaz de controlar la información referente al nivel de vida que se disfruta en estos sistemas políticos se encuentra con enormes dificultades para apelar exitosamente a la legitimidad eudemónica y para mantener un nivel de autoridad aceptable en general. Un ejemplo claro a este respecto fue el de la República Democrática Alemana, donde las emisiones que recibían los ciudadanos sobre la forma de vida en la República Federal Alemana fue un factor que contribuyó decisivamente a su deslegitimación (Monedero, 1995).

comunistas tenían medios a su disposición para reprimirlas y, en segundo lugar, porque la recesión económica fue el detonante de muchos de los levantamientos acaecidos en los sistemas comunistas con anterioridad a 1989 (por ejemplo, en la República Democrática Alemana en 1953; en la URSS en 1962; en Polonia en 1970-1, 1976, y 1980-1; y en Rumania en 1977 y 1987) (Holmes, 1997). Es más, el deterioro de la situación económica de la URSS, provocado en gran parte por la carrera armamentística que libraba este país contra Estados Unidos, se hizo evidente desde finales de la década de los setenta y se agravó a mediados de la década de los ochenta, hasta el punto de provocar la derrota de la URSS en la Guerra Fría, al reconocer su incapacidad para emprender un programa similar a la Iniciativa de Defensa Estratégica estadounidense. Este descalabro fue uno de los principales factores que contribuyeron a la pérdida de fe de los líderes soviéticos en su propio régimen (Di Palma, 1991: 74)¹⁰⁰⁰.

En el caso de China, aunque el nivel de vida de la población China aumentó notablemente desde finales de los años setenta hasta finales de los ochenta¹⁰⁰¹, el paso de una crisis de legitimidad menor tras la Revolución Cultural a una moderada con la revuelta de Tiananmen, mostró que, al igual que había sucedido antes en otros países comunistas, el giro eudemonista de Deng estaba lejos de ser una solución suficiente y duradera a la crisis de legitimidad del régimen¹⁰⁰². Por un lado, el mantenimiento de elementos del sistema anterior que son incompatibles con la nueva línea reformista provocó una serie de tensiones económicas que se tradujeron en un palpable nivel de descontento social y desavenencias dentro de la cúpula de liderazgo. En este sentido, los triunfos iniciales de las reformas comenzaron a verse deslucidos en la segunda mitad de los años ochenta por los problemas típicos de este tipo de transiciones económicas: sobrecalentamiento de la economía industrial, pérdida

¹⁰⁰⁰ Las crisis económicas de las democracias liberales no han tenido unos efectos tan devastadores sobre su estabilidad como los que han tenido las de los sistemas comunistas por tres motivos fundamentales. Por un lado, los sistemas autoritarios no cuentan con el respaldo en la legitimidad legal-racional, que es un modo de legitimación particularmente estable y puede servir como soporte de los regímenes democráticos cuando la situación económica es delicada (Holmes, 1993: 34; Huntington, 1991: 46-50). Por otro, a diferencia de los sistemas capitalistas, los sistemas comunistas proclaman su capacidad para ejercer un control absoluto de la economía, lo que facilita que se responsabilice al estado de la situación económica (Holmes, 1993: 31). Finalmente, en términos generales, los sistemas comunistas se han mostrado menos flexibles que las democracias liberales para adaptarse con éxito a una realidad socioeconómica cambiante y encontrar nuevas versiones que resulten más aceptables para las elites y la población, debido probablemente al peso de su aparato burocrático.

¹⁰⁰¹ El nivel de ingresos per capita aumentó en China de 181 yuanes en 1978 a 401 en 1989, siendo este incremento más intenso hasta 1985 y en las zonas rurales (Chai, 1996).

¹⁰⁰² En este sentido, resulta esclarecedor recordar que una de las principales demandas de las protestas de 1989 era la implantación de una política eficaz para combatir la inflación y la corrupción, estando estos dos fenómenos estrechamente asociados a las reformas.

de control sobre la inversión industrial y estancamiento de las inversiones en la agricultura, inflación, creciente desigualdad social y aumento rampante de la corrupción¹⁰⁰³. Por otro lado, la reducción del sector público y la implementación de reformas con un mayor coste social, como la reestructuración de la empresa pública (Wu, 1999), conllevan una serie de nuevos problemas sociales como el paro, la prostitución y la precarización de servicios fundamentales, como la atención médica y la educación (Davis, 1989; Zhong, 1996: 211-212). Por todo ello, aunque la reforma económica en China está siendo mucho más exitosa que en otros regímenes comunistas, también ha provocado importantes brotes de oposición popular¹⁰⁰⁴ y burocrática, en los departamentos que derivaban su poder del control sobre la economía planificada (Beetham, 1991: 185)¹⁰⁰⁵. Esto ha llevado a las autoridades chinas a mostrarse especialmente activas en la búsqueda de fuentes de legitimidad que puedan complementar a la eudemónica desde la revuelta de 1989 (Wang y Zheng, 2001: 3).

3.4. MODOS DE LEGITIMACIÓN COMPLEMENTARIOS A LA LEGITIMIDAD EUDEMÓNICA

Las fuentes de legitimidad más comunes a las que han apelado los gobiernos comunistas para complementar a la legitimidad eudemónica han sido la “nueva legitimación tradicional”, que justifica el derecho de unas determinadas elites a gobernar presentándolas como las herederas de los líderes revolucionarios, la legitimación carismática, el retorno a la legitimidad teleológica y la legitimación nacionalista (Holmes, 1993: 16-17). La elección entre estos modos de legitimación ha variado según la idiosincrasia de cada régimen, haciendo que distintos gobiernos considerasen diferentes modos de

¹⁰⁰³ Valgan como ejemplos ilustrativos el nivel de inflación de 1988, en torno al 30 por ciento (Prybyla, 1989: 1025) y el hecho de que China experimentase el mayor crecimiento mundial en la desigualdad de la distribución de la renta per capita entre 1981 y 1995, pasando su coeficiente Gini del 0.28 al 0.38, que ya era del 0.45 en 2000 (*Renmin Ribao*, 31-8-2001). Aunque los niveles de corrupción se incrementen en estos periodos de transición esto no quiere decir que este fenómeno no se manifieste en etapas anteriores de la evolución de los regímenes comunistas. De hecho, la corrupción se convierte en un fenómeno estructural en todos ellos, lo que contribuye a socavar la autoridad de sus líderes (Holmes, 1993).

¹⁰⁰⁴ Parish y Tang (2000: 102-127) ofrecen una extensa evidencia empírica a este respecto, en base a diversas encuestas realizadas en China durante la segunda mitad de la década de los ochenta. Por ejemplo, en 1989 el 60 por ciento de los encuestados en cuarenta ciudades de China consideraba que el ritmo de las reformas era demasiado alto (Parish y Tang, 2000: 111).

¹⁰⁰⁵ Un ejemplo sonado de esta oposición fue la disconformidad de la Comisión Planificadora del Desarrollo Estatal y de diversos ministerios de industria a la entrada de China en la Organización Mundial del Comercio (Pearson, 2001: 350-352).

legitimidad como los más adecuados para reforzar su autoridad. En cualquier caso, la incapacidad de la mayoría de los regímenes comunistas, especialmente aquellos donde el comunismo se había impuesto desde el exterior, para encontrar modos de legitimación alternativos que mantuviesen el mínimo nivel de autolegitimidad necesario para ejercer una represión efectiva de la oposición al régimen, llevó en el plazo de cinco años a la caída del comunismo en dieciocho de los veintitrés países que contaban con regímenes comunistas a finales de los años 80¹⁰⁰⁶.

En este marco es donde se inserta la revitalización de la legitimación nacionalista promovida por el PCC desde el verano de 1989. Desde esta perspectiva y, una vez que la retórica desarrollista cubrió el hueco dejado por la ortodoxia socialista, la revitalización del nacionalismo oficial es la estrategia reactiva del régimen para hacer frente a sus insuficiencias y desafíos, como la pérdida de poder del estado central y la creciente influencia de los valores liberales¹⁰⁰⁷:

Debemos aceptar de manera realista que entre ciertos sectores de las masas, la popularidad de la ideología del pasado ha descendido [hasta el punto de que] lo único que consigue la promoción de el viejo estilo de educación ideológica es la rebelión popular [...] Sólo la

¹⁰⁰⁶ Los regímenes comunistas que se establecieron mediante un proceso de movilización doméstica, y no mediante una imposición desde el exterior, cuentan con un repertorio mítico simbólico de carácter nacionalista al que acudir para intentar superar las sucesivas crisis de legitimidad a las que tienen que hacer frente (Gasster, 1976; Heller, 1982; Johnson, 1962). De hecho, aquellos de estos movimientos que, como el PCC, llegaron al poder gracias a su participación en la lucha contra un poder colonial, deben ser interpretados como movimientos de liberación nacional, manifestados en forma de revolución social, más que como una mera revolución social guiada por el ideario comunista (Skocpol, 1979; Szporluk, 1988). De hecho, estos movimientos contradecían la ortodoxia marxista de carácter internacionalista. Para Engels, la nación a la que el estado burgués decía representar no era más que un constructo de éste para justificar su posición de poder, dividiendo y enfrentando al proletariado de distintas regiones. Por el contrario, los nacionalistas chinos, vietnamitas o norcoreanos, no cuestionaban el concepto de estado-nación y tenían como principal objetivo la construcción de un estado-nación chino, no la revolución proletaria internacional. Sin embargo, en los regímenes comunistas consolidados por imposición externa sólo en su ocaso se produce una revitalización exitosa del nacionalismo que, además, se orienta a la consumación de un proceso de cambio político apelando a una tradición cultural que fue truncada por la instauración del régimen comunista.

¹⁰⁰⁷ Un símbolo ilustrativo de la preeminencia del nacionalismo frente a la legitimación teológica como fuente de apoyo para el PCC desde 1989, fue la retirada desde la celebración del día de la RPC de ese año de cuatro (Marx, Engels, Lenin y Stalin) de los cinco retratos gigantes que habían presidido la conmemoración anual de la fundación de la RPC desde 1949, siendo el de Sun Yat-sen el único que se ha mantenido. Otro ejemplo fue la sustitución en 1994 del examen sobre teoría política marxista por un examen sobre educación patriótica en las pruebas de acceso a la universidad (entrevista con Li Zongyuan, vicesecretario del Museo de la Guerra de Resistencia Anti-japonesa de Pekín, 20-9-2002).

evocación del patriotismo chino [...] [y] la elevada y noble tradición del pueblo chino puede provocar en las masas el renacimiento de valores morales y espirituales” (Departamento de Ideología y Teoría del Periódico de la Juventud de China, 1991).

El PCC optó por invocar la legitimidad nacionalista, debido en gran parte a los inconvenientes que presentaban las demás fuentes de legitimidad para la facción reformista encabezada por Deng Xiaoping. La posibilidad de recurrir a la legitimidad teleológica o la tradición del partido, o al culto a la personalidad del líder, hubiese sido una elección enormemente controvertida tras el desastre del Gran Salto Adelante, y la Revolución Cultural, que sólo fue posible gracias a la autoridad desorbitada con la que contaba Mao durante el periodo álgido del culto a su persona. Es más, cualquiera de las dos primeras opciones, hubiese reforzado automáticamente las posiciones de la facción conservadora en su intento de frenar la reforma socioeconómica del país. A esto hay que sumar las ventajas propias de la legitimación nacionalista y su exitosa tradición dentro de la historia política reciente de China y su gran aceptación popular (Zhao, 1998; Zhong, 1996). Uno de los principales atractivos de la doctrina nacionalista para aquellos que buscan gobernar de manera autoritaria en una sociedad donde se demanda una creciente participación política, como sucedía en la China de finales de los ochenta, es la confusión que produce entre gobierno del pueblo y gobierno en nombre del pueblo¹⁰⁰⁸.

Debe subrayarse que el creciente protagonismo asumido por la legitimación nacionalista desde 1989 no es sinónimo de un detrimento de la legitimación eudemónica que, en términos generales, se ha consolidado desde inicios de la década de los noventa¹⁰⁰⁹. Para los tecnócratas que están al frente del partido ambas fuentes de legitimación se interrelacionan, pues la construcción de una China rica y poderosa es un requisito imprescindible para cumplir los objetivos de la agenda nacionalista, reunificación y prestigio internacional (Chen, 1995: 208). En palabras del propio Deng Xiaoping (1984: 225):

¹⁰⁰⁸ Aunque el nacionalismo fundamenta la autoridad política en el derecho de un determinado grupo de personas a gobernarse por sí mismas, esto no equivale a considerar que este proceso político deba ser democrático, sino a rechazar que la nación sea gobernado por unos líderes extranjeros. En este sentido, el principio de autogobierno no se entiende como un derecho político individual, sino colectivo. Por ello, la legitimación nacionalista es enormemente efectiva para las elites no sólo por su capacidad para movilizar a la población en pos de objetivos como la guerra o el desarrollo económico, sino también por su capacidad para limitar las demandas populares de participación política (Snyder, 2000: 24, 45, 51).

¹⁰⁰⁹ Por ejemplo, el discurso de Jiang Zemin celebrando el octogésimo aniversario de la fundación del Partido Comunista Chino, el 1 de julio de 2001, identifica explícitamente la legitimación eudemónica y la nacionalista como los dos pilares principales de la autoridad del partido (Jiang, 2001).

“[El desarrollo económico] Es la condición esencial para resolver tanto nuestros problemas domésticos como externos [...] El papel que jugamos en los asuntos internacionales viene determinado por el ritmo de nuestro desarrollo económico. Si nuestro país se convierte en más desarrollado y próspero, seremos capaces de jugar un mayor papel en los asuntos internacionales [...] [Por consiguiente] las dos tareas de oposición al hegemonismo y reunificación del país a través del retorno de Taiwán a la patria, ambas requieren que hagamos un buen trabajo en nuestro desarrollo económico”

Esta estrategia ha resultado bastante exitosa como evidencian tres hechos fundamentales¹⁰¹⁰. En primer lugar, no aparecen ni entre los principales miembros de la cuarta ni de la quinta generación de liderazgo figuras que cuestionen la continuidad del régimen (Gilley y Nathan, 2003; Lam 2006). En segundo lugar, el EPL sigue sometido al mandato del partido (Shambaugh, 2000). Por último, no ha arraigado ningún movimiento de oposición al régimen a escala nacional que pueda presentar una alternativa al PCC¹⁰¹¹. Es más, el grueso de la población está satisfecha con la forma en que se está desarrollando el país y es optimista de cara a su evolución futura, sin necesidad de que se produzca un cambio de régimen (Fewsmith y Rosen, 2001: 187; Hillard, Chen y Zhong, 1997; y Zhong 1996).

Dado este éxito, no es de extrañar que la cuarta generación de liderazgo mantenga la legitimidad eudemónica y la nacionalista como sus dos principales fuentes de autoridad. No obstante, han introducido algunas modificaciones, sintetizadas en el término “sociedad armónica”, que recurre a la tradición confuciana para corregir algunas de las disfunciones que sufrían el modo de legitimación eudemónico y el nacionalista durante el mandato de Jiang (Lomanov, 2006). Por una parte, buscan reducir las desigualdades sociales que han provocado incontables protestas en los últimos años. Por otro lado, pretenden imponer un discurso nacionalista menos confrontacional, que no dificulte sus relaciones con Japón y Estados Unidos y su creciente papel en la comunidad internacional.

¹⁰¹⁰ Debe recordarse que el ejemplo negativo de la Unión Soviética y Yugoslavia ha favorecido el mantenimiento del régimen frente a la implantación de un sistema democrático. La situación de crisis económica y desmembración nacional que afectó a estos países ha reforzado en China la idea de que es necesario mantener un gobierno fuerte para asegurar la unidad del país y el orden social imprescindibles para culminar la modernización de China, lo que justifica el aplazamiento del disfrute de mayores libertades civiles y derechos políticos hasta que se alcanzase un mayor nivel de desarrollo económico (He y Guo, 2000: 33; y Zheng, 1999: 39).

¹⁰¹¹ El Partido de la Democracia de China fue reprimido y el Falun Gong cuenta con muchos más detractores que adeptos.

CONCLUSIONES

El estudio de la legitimidad en los regímenes comunistas resulta relevante y China no es una excepción. Sin embargo, éste no debe realizarse siguiendo los mismos criterios que seguiríamos al analizar una democracia. Aunque la legitimidad popular sigue siendo significativa, debemos centrarnos en la autolegitimidad, mucho más determinante para calibrar la estabilidad de las autoridades comunistas, ya que esta determinará los costes de la movilización social. Además, para que un régimen comunista sufra una crisis de legitimidad mayor, tiene que contar con un nivel de autolegitimidad muy bajo.

Resulta extremadamente complejo cuantificar la legitimidad de un régimen post-totalitario, como el chino, pero existen diversos indicadores que pueden orientarnos: a) Discursos de las elites y filtraciones de sus reuniones o actividades; b) nivel de cohesión de las elites ante posibles amenazas; c) datos de encuestas y entrevistas; d) análisis de los discursos políticos articulados en canales no controlados por el régimen; e) comparación entre diferentes niveles de represión y de activismo político.

En la consiguiente búsqueda de fuentes de legitimidad sobre las que sustentar su mandato, el grueso de los regímenes comunistas se acabó viendo atrapado por la ineficacia de su modelo de desarrollo social y su imposibilidad de encontrar un modo de legitimidad estable. Esto no sólo imposibilitó que estos sistemas consolidasen su legitimidad externa, sino que también minó su legitimidad interna, hasta el punto de que las propias autoridades comunistas y el ejército dirigieron o no reprimieron una transformación holística de sus sociedades, que abarcaba tanto el ámbito económico como el político. Sin embargo, las autoridades chinas combinaron la transición hacia una economía de mercado con el mantenimiento de un régimen de partido-estado dirigido por el PCC. Es más, con esta política han sido capaces de incrementar notablemente el nivel de vida de su población sin necesidad de iniciar una profunda reforma política.

Asimismo, han conseguido complementar su apelación a la legitimidad eudemónica con un uso extensivo del nacionalismo. Esta tarea se ha visto facilitada por la exitosa tradición nacionalista del PCC y por los efectos económicos y políticos que tuvo la súbita liberalización política y económica de países como la Unión Soviética y Yugoslavia. Esto ha terminado de desacreditar la idea de que la reforma económica y el fin del sistema de partido-estado tenían que ir de la mano. En este contexto comenzó a convertirse en predominante, incluso entre los intelectuales y el grueso de la población, el discurso neoconservador que había sido difundido por el PCC desde inicios de la década de los noventa. Este discurso considera el mantenimiento de un gobierno fuerte como un requisito imprescindible para asegurar la unidad del

país y el orden social necesarios para culminar la modernización de China. Desde esta óptica, sólo una vez que se consiga un mayor nivel de desarrollo socioeconómico, sería factible introducir un sistema político competitivo, donde se reconozcan plenamente los derechos políticos de los ciudadanos.

Dada la situación actual, sólo una profunda crisis económica o internacional, que minase alguna de las fuentes de legitimidad del régimen, podría propiciar un proceso de cambio político que pusiese fin al monopolio del PCC sobre el poder. En cualquier caso, dadas las reformas económicas que ya ha introducido China, y el ejemplo negativo de la Unión Soviética y Yugoslavia, estaríamos ante un proceso de transición diferente al que siguieron los regímenes comunistas que sucumbieron entre finales de la década de los ochenta y principios de los noventa.

BIBLIOGRAFÍA

- BARKER, R. (1990): *Political Legitimacy and the State*. Oxford, Clarendon Press.
- BARKER, R. (2001): *Legitimizing Identities: The Self-presentation of Rulers and Subjects*. Cambridge, Cambridge University Press.
- BAUM, R. (1994): *Burying Mao: Chinese Politics in the Age of Deng Xiaoping*. Princeton, Princeton University Press.
- BEETHAM, D. (1991): *The Legitimation of Power*. Londres, McMillan.
- BLAU, P. M. (1963): "Critical Remarks on Weber's Theory of Authority", *American Political Science Review*, 57 (2), 305-316.
- BRESLAUER, G. W. Y A. DALLIN (1970): *Political Terror in Communist Systems*. Stanford, Stanford University Press, 1970.
- BRODSGAARD, K. E. (1981): "The Democracy Movement in China, 1978-1979: Opposition Movements, Wall Poster Campaigns, and Underground Journals", *Asian Survey*, 21 (7), 747-774.
- BROWN, A, Y J. GRAY (EDS.) (1980): *Cultura y cambios políticos en los estados comunistas*. México, El Manual Moderno.
- COMITÉ CENTRAL DEL PARTIDO COMUNISTA CHINO (1978): "Communiqué of the Third Plenary Session of the Eleventh Central Committee of the Communist Party of China", *Beijing Review*, 21 (52), 6-16.
- CHAI, J. C.H. (1996): "Consumption and Living Standards in China", en ASH, R. F. Y Y.Y. KUEH (EDS.): *The Chinese Economy under Deng Xiaoping*. Nueva York, Clarendon Press.
- CHEN F. (1995): *Economic Transition and Political Legitimacy in Post-Mao China*. Nueva York, State University of New York Press.
- DAVIS, D. (1989): "Chinese Social Welfare: Policies and Outcomes", *China Quarterly*, 119, 577-597.

- DENG X. (1984): *Selected Works of Deng Xiaoping. Volume II (1975-1982)*. Pekín, Foreign Language Press.
- DEPARTAMENTO DE IDEOLOGÍA Y TEORÍA DEL PERIÓDICO DE LA JUVENTUD DE CHINA, *Sulian jubian zhibou zhongguo de xianshi yingdi yu zhanlue xuanze* [Respuestas realistas y opciones estratégicas para China tras la desintegración de la URSS], 9-9-1991, Documento interno.
- DI PALMA, G. (1991): "Legitimation from the Top to Civil Society: Politic-Cultural Change in Eastern Europe", *World Politics*, 44 (1), 1991, 44-80.
- DOMES, J. Y M. L. NÄTH (2000): "Estructura y dinámica política", en FISAC, T. Y S. TSANG (EDS.): *China en transición*. Barcelona, Bellaterra.
- FEWSMITH, J. Y S. ROSEN (2001): "The Domestic Context of Chinese Foreign Policy: Does "Public Opinion" Matter?", en LAMPTON, D. M. (ED.): *The Making of Chinese Foreign and Security Policy in the Era of Reform, 1978-2000*. Stanford, Stanford University Press.
- FITZGERALD, J. (1999): "El estado sin nación: la búsqueda de la nación en el nacionalismo chino moderno", en UNGER, J. (ED.): *Nacionalismo chino*. Barcelona, Bellaterra.
- GAO J. Z. (2001): "War Culture, Nationalism, and Political Campaigns, 1950-1953", en LIU X. Y G. C. WEI (EDS.): *Chinese Nationalism in Perspective: Historical and Recent Cases*. Westport, Greenwood Press.
- GASSTER, M. (1976): "The Rise of Chinese Communism", en BERTSCH, G. K. Y T. W. GANSCHOW (EDS.): *Comparative Communism: the Soviet, Chinese, and Yugoslav Models*. San Francisco, W.H. Freeman and Company.
- GILL, G. (1987): "The Programmatic Documents of the 27th Congress", en MILLER J. H., MILLER, R. F. Y RIGBY T. H. (EDS.): *Gorbachev at the Helm*. Beckenham, Croom Helm.
- GILLEY, B. Y A. J. NATHAN (2003): *China's New Leaders: The Secret Files*. Londres, Granta Books, 2003.
- HE B. Y GUO Y. (2000): *Nationalism, National Identity and Democratization in China*. Brookfield, Ashgate.
- HELLER, A. (1982): "Phases of Legitimation in Soviet-type Societies", en RIGBY, T.H. Y F. FEHÉR (EDS.): *Political Legitimation in Communist States*. Londres, MacMillan.
- HILLARD, J. W., CHEN J. Y ZHONG Y. (1997): "The Level and Sources of Popular Support for China's Current Political Regime", *Communist and Post-Communist Studies*, 30 (1), 45-64.
- HOLMES, L. (1993): *End of Communist Power: Anti-corruption Campaigns and Legitimation Crisis*. Cambridge, Polity Press.
- HOLMES, L. (1997): *Post-Communism: An Introduction*. Cambridge, Polity Press.
- HUNTINGTON, S. P. (1991): *The Third Wave: Democratization in the Late Twentieth Century*. Norman, University of Oklahoma Press.

- JIANG Z. (2001): “Speech at the Meeting Celebrating the 80th Anniversary of the Founding of the Communist Party of China”, *Xinhuanet* 1-7-2001.
- JOHNSON, C. A. (1962): *Peasant Nationalism and Communist Power: The Emergence of Revolutionary China 1937-1945*. Stanford, Stanford University Press.
- JOHNSON, C. A. (1972): “The Changing Nature and Locus of Authority in Communist China”, en LINDBECK, J. M. (ED.): *China: Management of a Revolutionary Society*. Londres, George Allen & Unwin.
- LAM, W. (2006): “The Fifth Generation of the Chinese Communist Party”, *China Brief*, 6 (3), 4-5.
- LARDY, N.R. (1987): “China’s Economy under Stress, 1958-1965”, en MACFARQUHAR, R. Y J. K. FAIRBANK (EDS.): *The Cambridge History of China*, vol. 14, *The Emergence of Revolutionary China, 1949-1965*. Cambridge, Cambridge University Press.
- LI, L. (1994): *Student nationalism in China, 1924-1949*. Albany, State University of New York Press.
- LINK, P. Y A. NATHAN (EDS.) (2001): *The Tiananmen Papers*, Londres, Little Brown and Co.
- LINZ, J. J. (1975): “Totalitarian and Authoritarian Regime”, en GREENSTEIN, F. J. Y N. W. POLSBY, (EDS.): *Handbook of Political Science*, Vol. 3. Reading, Addison-Wesley.
- LICHTHEIM, G. (1971): *Imperialism*. Londres, Allen Lane/Penguin, 1971.
- LIPSET, S. M. (1963): *Political Man: The Social Bases of Politics*. Nueva York, Anchor Books.
- LOMANOV, A. (2006): “Politics of “Harmonious Society” and Interpretation of Chinese Tradition”, XVI Congreso Bienal de la Asociación Europea de Estudios Chinos, Liubliana, 31 de agosto – 3 de septiembre de 2006.
- LÖWENTHAL, R. (1976): “The Ruling Party in a Mature Society”, en FIELD, M. G. (ED.): *Social Consequences of Modernization in Communist Societies*. Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- MAO Z. (1967): *The Selected Works of Mao Tse-tung*, Vol. 2. Pekín, Foreign Languages Press.
- MERELMAN, R. (1966): “Learning and Legitimacy”, *American Political Science Review*, 60 (3), 548-61.
- MEYER, A. G. (1966): “The Functions of Ideology in the Soviet Political System”, *Soviet Studies*, 17 (3), 273-85.
- MONEDERO, J. C. (1995): *Proceso de cambio y transición política en el Estado contemporáneo. Causas de la disolución de la República Democrática Alemana: la ausencia de legitimidad, 1949-1989*. Universidad Complutense de Madrid.
- NELSON, D. N. (1992): “The Rise of Public Legitimation in the Soviet Union and Eastern Europe”, en RAMET, S. P. (ED.): *Adaptation and Transformation in Communist and Post-Communist Systems*. Boulder, Westview Press.

- PAKULSKI, J. (1993): “East European Revolution and ‘Legitimacy Crisis’”, en FRENTZEL-ZAGÓRSKA (ED.): *From a One-Party State to Democracy*. Amsterdam, Rodopi.
- PARISH, W. Y TANG W. (2000): *Chinese Urban Life under Reform*. Cambridge, Cambridge University Press, 2000.
- PEARSON, M. M. (2001): “The Case of China’s Accession to GATT/WTO”, en LAMPTON, D. M. (ED.): *The Making of Chinese Foreign and Security Policy in the Era of Reform, 1978-2000*. Stanford, Stanford University Press.
- PRYBYLA, J. S. (1989): “Why China’s Economic Reforms Fail”, *Asian Survey*, 29 (11), 1017-1032.
- PRZEWORSKI, A. (1991): *Democracy and the Market: Political and Economic Reforms in Eastern Europe and Latin America*. Nueva York, Cambridge University Press.
- RIGBY, T. H. (1980): “A Conceptual Approach to Authority, Power and Policy in the Soviet Union”, en BROWN, A., REDDAWAY P. Y RIGBY T. H. (EDS.): *Authority, Power and Policy in the USSR*. Londres, MacMillan, 9-31.
- RIGBY, T. H. (1982): “Introduction: Political Legitimacy, Weber and Communist Mono-organisational Systems”, en FEHÉR, F. Y T. H. RIGBY, *Political Legitimation in Communist States*. Londres, MacMillan.
- ROBINSON, J. C. (1988): “Mao after Death: Charisma and Political Legitimacy”, *Asian Survey*, 28 (3), 353-368.
- SCHRAM, S. R. (1967): “Mao Tse-tung as a Charismatic Leader”, *Asian Survey*, 7 (6), 383-388.
- SHAMBAUGH, D. (2000): “The Pinnacle of the Pyramid: The Central Military Commission”, en MULVENON, J. C. Y A. N. YANG (EDS.): *The People's Liberation Army as Organization: Reference Volume v1.0*, 2000.
- SKOCPOL, T. (1979): *States & Social Revolutions: A Comparative Analysis of France, Russia, and China*. Cambridge, Cambridge University Press.
- SZPORLUK, R. (1988): *Communism and Nationalism: Karl Marx versus Friedrich List*. Nueva York, Oxford University Press.
- SMITH, T. (1987): *Thinking like a Communist: State and Legitimacy in the Soviet Union, China and Cuba*. Nueva York, W.W. Norton & Company.
- SNYDER, J. (2000): *From Voting to Violence: Democratization and Nationalist Conflict*. Nueva York, W.W. Norton & Company.
- SPENCE, J. (1999): *The Search for Modern China*. Nueva York, W.W. Norton & Company.
- TEIWES, F. C. (1984): *Leadership, Legitimacy and Conflict in China: From a Charismatic Mao to the Politics of Succession*. Londres, MacMillan Press.
- TEIWES, F. C. (1997): “The Establishment and Consolidation of the New Regime (1949-57)”, en MACFARQUHAR, R. (ED.): *The Eras of Mao and Deng*. Cambridge, Cambridge University Press.

- TISMANEANU, V. (1992): *Reinventing Politics. Eastern Europe: From Stalin to Havel*. Nueva York, The Free Press.
- VAN NESS, P. (1993): “China as a Third World State: Foreign Policy and Official National Identity”, en DITTMER, L. Y S. KIM, (EDS.): *China's Quest for National Identity*. Ithaca, Cornell University Press.
- WANG G. Y ZHENG Y. (EDS.) (2000): *Reform, Legitimacy and Dilemmas: China's Politics and Society*. Singapore, Singapore University Press.
- WEBER, M. (1978): *Economy and Society: An Outline of Interpretative Sociology*. Berkeley, University of California Press.
- WHITE, S. (1986): “Economic Performance and Communist Legitimacy”, *World Politics*, 38 (3), 462-82.
- WU G. (1999): “Legitimacy Crisis, Political Economy, and the Fifteenth Party Congress”, en NATHAN A. J., HONG Z. Y SMITH S. R. (EDS.): *Dilemmas of Reform in Jiang Zemin's China*. Boulder, Lynne Rienner Publishers.
- YANG, B. (1997): *Deng: A Political Biography*. Armonk, M.E. Sharpe.
- ZHAO S. (1998): “A State-Led Nationalism: The Patriotic Education Campaign in Post-Tiananmen China”, *Communist and Post-communist Studies*, 31 (3), 287-302.
- ZHENG Y. (1999): *Discovering Chinese Nationalism in China: Modernization, Identity and International Relations*. Cambridge, Cambridge University Press.
- ZHONG Y. (1996): “Legitimacy Crisis and Legitimation in China”, *Journal of Contemporary Asia*, 26 (2), 201-20.

